

PRIMERA ALOCUCION DE S. S. PAULO VI

CONCILIO, UNIDAD, PAZ: TRES METAS INMEDIATAS



Su Santidad, Paulo VI, llegó al Pontificado rompiendo la tradición vaticana de que el Cardenal que entra al Cónclave como posible Papa es imposible que salga de él electo Papa. Se cuenta que cuando los Cardenales se dirigían al Cónclave un grupo de curiosos murmuraron al paso del Cardenal Juan Bautista Montini: "el Papa, el Papa". El Cardenal Montini oyó y dirigiéndose a los del grupo les indicó que se callaran. Cuando el Cardenal Ottaviani apareció en el balcón central de la Basílica de San Pedro para anunciar a la muchedumbre: "Habemus papam él es el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Juan Bautista . . .", la muchedumbre lo interrumpió gritando: "Montini, Montini!" El Cardenal Ottaviani no tuvo para qué decir el apellido y continuó: " quien ha tomado el nombre de Paulo VI."

Estas circunstancias de popularidad del nuevo Papa auguran una época de grata unión del Papado con el pueblo católico del mundo.

Si el difunto Papa Juan XXIII tomó el nombre de Juan porque era el de su padre y además, porque le recordaba el de Juan, el Bautista, precursor del Señor, y el otro Juan, el discípulo amado y Apóstol, la elección del nombre de Paulo VI es igualmente significativa. "El nombre es todo un programa", dijo un oficial del Vaticano. Claramente recuerda a Pablo, Apóstol de los Gentiles, "un símbolo de unidad ecuménica, venerado por Católicos, Protestantes y Cristianos Ortodoxos" dice el Director de L'Osservatore Romano. Porque fue San Pablo el que internacionalizó la Iglesia primitiva; el que le dio ámbito universal por medio de sus incomparables cartas a las enseñanzas del humilde carpintero de Nazaret.

Estas circunstancias del simbolismo de su nombre auguran que Paulo VI seguirá las huellas de su predecesor hacia la unidad ecuménica de la Iglesia.

No hay duda que el Cardenal Montini conoce la vida de los Papas que con el nombre de Paulo le preceden en el Pontificado. Paulo I (757-767) fue un celoso defensor de la ortodoxia teológica que polemizaba constantemente con el Emperador Bizantino sobre problemas religiosos. Paulo II (1464-71) fue un príncipe renacentista que trató de atraerse a la Iglesia Rusa Ortodoxa a la unión con Roma. Paulo III (1534-49) fue un reformador sobre quien ha caído una leyenda negra que nuestro Salomón de la Selva trató de desvirtuar en un profundo estudio de su vida y de su Pontificado; fue también el Papa del Concilio de Trento. Paulo IV (1555-59) fue un implacable inquisidor que una vez exclamó: "Si mi propio padre fuera un hereje, yo mismo encendería la pira para quemarlo". Pau-

lo V (1605-21) fue también un rígido doctrinario que luchó incansablemente contra los heterodoxos de su tiempo.

Paulo VI, sin embargo, no es un inquisidor ni un príncipe renacentista, sino una recia personalidad muy difícil de definir. Sus admiradores sostienen que en él están mezclados la sabiduría e intelectualidad de Pío XII y la franqueza y el espíritu de reforma de Juan XXIII. Sus críticos, por otra parte, sostienen que participa de la manera imperiosa de Pío XII y que le falta el calor de la ternura de Juan XXIII. Otras apreciaciones sobre él son: "un perfecto caballero"; "un hombre completo"; "un Pacelli - duplicado"; y "un Hamlet".

Como Hamlet, Paulo VI puede estar señalado por la tragedia. Con todo, amigos y contrarios están de acuerdo en que Paulo VI lleva en sí el germen de la grandeza. El trono que ahora ocupa y el título que ahora ostenta le exigen grandeza. Dice un Jesuita en Roma: "Puede llegar a ser un Papa más fuerte de lo que fue como Cardenal. Cuando no tenga nada que temer será mejor".

Juan Bautista Montini nació en Concesio, una villa rural cerca de Brescia en el norte de Italia —a unas cuarenta millas de Sotto il Monte donde nació Angelo Roncalli, quien después ascendió al trono Pontificio con el nombre de Juan XXIII. El niño Juan Bautista era débil, muy dado a resfriarse y su salud le impidió continuar en el colegio de los Jesuitas de Brescia. Tuvo que quedarse en casa para ser educado por profesores privados. Mas a los veinte años era lo suficientemente sano para entrar en el Seminario de San Angel en la misma ciudad.

Después de su ordenación sacerdotal en 1920, el Padre Montini fue enviado por su Obispo al Colegio Gregoriano y a la Universidad de Roma y desde entonces siguió una carrera de triunfos y distinciones que lo ha llevado hasta el trono de San Pedro que ahora ocupa con el nombre de Paulo VI.

Su primera alocución que REVISTA CONSERVADORA publica en sus páginas es un documento que señala la ruta que Paulo VI seguirá en su pontificado que de acuerdo con los observadores del Vaticano será uno de grandeza.

Muy en el espíritu de Su Santidad Juan XXIII fue esta su primera alocución, dicha en Latín ante la asamblea de Cardenales reunidos en la Capilla Sixtina. En ella rinde tributo a su predecesor y anuncia que su pontificado será dedicado a completar las grandes tareas que Juan XXIII dejó sin terminar: el Concilio Vaticano, la revisión del derecho canónico, la continuación de los esfuerzos, siguiendo la ruta indicada en las encíclicas de sus predecesores, para la consolidación de la justicia, en la vida civil, social e internacional.

Amigos y adversarios del Papa Paulo VI están acordados en que está predestinado a la grandeza.

Venerables Hermanos y Amados Hijos del mundo entero:

En este día dedicado al amante Corazón de Jesús, al asumir la tarea de apacentar las ovejas de Nuestro Señor —que según decir de San Agustín es ante todo "una tarea de amor" redimido por la preciosísima Sangre de Jesucristo—, el sentimiento primordial que embarga nuestro corazón es el de una confianza firme en la ayuda todopoderosa del Señor.

El Señor, que indicó su santa voluntad por medio del consenso de nuestros venerables hermanos, los Padres del Sacro Colegio, al confiarnos el cuidado y la responsabilidad de la Santa Madre Iglesia, sabrá también infundir en nuestra mente, estremecida ahora por la inmensidad de esta tarea, la fortaleza serena y vigilante, el celo incansable por Su gloria, la solicitud misionera por la difusión universal, clara y convincente del Evangelio.

Al iniciar nuestro ministerio pontificio vuelve a nuestra memoria el recuerdo amable y afectuoso de nuestros predecesores, que Nos dejaron un legado espiritual sagrado y glorioso: Pío XI, con su invencible inteligencia, Pío XII, que iluminó la Iglesia con sabias enseñanzas, y finalmente Juan XXIII, quien dio al mundo ejemplo de singular bondad.

A este último queremos recordar en forma especial, con reverencia y gratitud profundas. El llorado Papa Juan supo en su breve pero intenso ministerio ganarse los corazones de los hombres, incluso de aquellos que están muy remotos, con sus solícitos desvelos, su bondad sincera y manifiesta hacia los humildes, y con el carácter eminentemente pastoral de todos sus actos, cualidades a las que se unía el encanto de los dones humanos de su gran corazón.

Juan XXIII comunicó su afecto a las almas como una llama que crece en resplandor, hasta consumirse en el sacrificio postrero de sí mismo, sobrellevado con una fortaleza de ánimo que conmovió al mundo entero y congregó a todos los hombres alrededor de su lecho de dolor, haciéndoles "uno en el corazón y uno en la mente", al impulso unsono del mismo sentimiento de respeto, veneración y oración.

La herencia que hemos recibido de nuestros predecesores muestra en toda su gravedad el deber que nos espera. Así se expresaba nuestro predecesor San León Magno:

"Al reflexionar en la insignificancia de nuestra pequeñez y en la magnitud de la tarea que hemos asumido, debemos decir con el profeta: "Señor, al escuchar tu voz me invadió el temor, medité en tu encargo y temblé..." Pero puesto que Nos tenemos la constante expiación del Sacerdote Eterno y Todopoderoso quien, como en nosotros lo mismo que el Padre, hizo descender la divinidad al nivel de los hombres y levantó la humanidad a la cima de Dios, Nos regocijamos en digna y santa proporción con lo que El ha querido darnos" (Sermón 3, 1- 1, ML 54, 144-145).

La parte preeminente de nuestro pontificado será la continuación del Segundo Concilio Ecuménico Vaticano, en el que se posan las miradas de todos los hombres de buena voluntad. Esta será la tarea principal en la cual pensamos emplear todas las energías que el Señor nos ha dado, para que la Iglesia Católica, que brilla ante el mundo como el estandarte sobre los pueblos lejanos (cfr. Isaías 5, 26) pueda atraer a todos los hombres por la majestad de su organización, la juventud de su espíritu, la renovación de sus estructuras y la multiplicidad de sus fuerzas "de toda tribu y lengua, y pueblo y nación" (Apoc. 6, 9).

Este es y será el móvil principal de nuestro ministerio pontificio: que se proclame con mayor fuerza ante el mundo que sólo en el Evangelio de Jesús se puede encontrar la ansiada salvación, pues "no existe bajo el cielo otro nombre dado a los hombres, en el cual hayamos de ser salvos" (Hechos 4, 12).

Dentro de este anhelo vienen la labor de revisión del Código de Derecho Canónico; y los esfuerzos continuos por hacer realidad las normas señaladas en las grandes encíclicas sociales de nuestros predecesores, con el fin de fortalecer la justicia en la vida cívica, social e internacional, según la verdad y la libertad, y dentro del respeto tanto a los derechos como a los deberes.

El mandamiento inequívoco de amor al prójimo, que es la piedra de toque del amor a Dios, exige de todos una solución más equitativa de los problemas sociales, solución que requiere providente acción y solicitud por los países en vías de desarrollo, donde con frecuencia el nivel de vida es indigno de seres humanos. Esta solución exige igualmente un estudio espontáneo en escala universal, enderezado a mejorar las condiciones de vida.

Esta nueva era que la conquista del espacio ha abierto a la humanidad, resultará en bendiciones singulares del Señor si los hombres saben verdaderamente reconocerse entre ellos como hermanos y no como rivales, y deciden establecer un orden mundial fundado en el santo temor de Dios, en el respeto a sus leyes, en el calor acogedor de la caridad y de la colaboración mutuas

Nuestra tarea, además, será con la ayuda de Dios, agotar todos los esfuerzos posibles para conservar el gran don de la paz entre las naciones —una paz que no es solamente la ausencia de contiendas bélicas y del fragor del choque de las armas, sino un reflejo leal del orden querido y establecido por Dios, Creador y Redentor, movidos los hombres por una voluntad tenaz y constructiva para cultivar la comprensión mutua, la fraternidad humana, en una superabundancia inquebrantable de buena voluntad, dispuesta a cualquier prueba, a fomentar sin descanso una armonía fecunda inspirada en el verdadero bien de la humanidad, con genuina caridad.

En este momento en que la humanidad entera dirige las miradas hacia esta Cátedra de la Verdad y hacia la persona que ha sido llamada a representar al Salvador Divino sobre la tierra, no podemos menos que renovar el llamado a una comprensión leal, franca y bien dispuesta, que pueda unir a los hombres con vínculos de un respeto

mutuo y sincero. No podemos menos que repetir la invitación para que se hagan todos los esfuerzos posibles por salvar a la humanidad, por favorecer pacíficamente el desarrollo de los derechos que Dios ha dado al hombre para facilitar su vida espiritual y religiosa, para que así alcance una adoración más ferviente y más consciente del Creador Supremo.

No faltan signos alentadores, que Nos llegan de muchos hombres animados de buena voluntad; y por ello damos gracias profundas a Dios, al paso que ofrecemos a estos hombres una serena aunque firme colaboración en los esfuerzos por mantener el precioso don de la paz en el mundo entero.

Finalmente, nuestro ministerio pontificio anhela continuar con todas sus fuerzas la obra grandiosa iniciada entre tanta esperanza y tan felices augurios, por nuestro predecesor inmediato Juan XXIII con el fin de que se cumpla aquel mandato de "unum sint", que todos sean uno (Juan 17, 21), un anhelo compartido y querido por todos y por el cual el Papa Juan ofreció su vida. Las aspiraciones comunes por el restablecimiento de la unidad, quebrantada dolorosamente en el pasado, encontrarán constantemente en Nós el eco de una voluntad ferviente y de un sincero espíritu de oración, convencidos profundamente del mandato que Jesús nos ha confiado: "Simón, Simón, yo he rogado por tí para que no desfallezca tu fe; y tú un día conforta a tus hermanos" (Lucas 22, 31-32).

Abrimos, pues, los brazos a todos los que se glorían en el nombre de Cristo y les llamamos con el dulce nombre de hermanos; que sepan que encontrarán en Nós comprensión constante y buena voluntad, que encontrarán en Roma la casa paterna que exalta y aprecia con nuevo esplendor los tesoros de su historia, de su patrimonio cultural, de su herencia espiritual.

Venerables Hermanos y Amados Hijos:

La inmensidad de la tarea que espera a nuestras pobres energías es tal que abrumba a este humilde sacerdote llamado al pináculo de las Llaves Supremas. Pero os dedicaremos nuestras oraciones y nuestros actos de cada día. Necesitamos, a la vez, vuestra colaboración y vuestras plegarias que han de elevarse constantemente hacia Dios "en aroma fragante" por el pastor de la Iglesia Universal (Efesios 5, 2).

Por esta razón van nuestra gratitud cordial y nuestros pensamientos a los hijos de nuestra santa Iglesia Católica, que ofrecen al mundo el testimonio de su fe, el edificante espectáculo de su unidad, el real esplendor de su dignidad, pues que en palabras de Clemente de Alejandría, "los discípulos de Cristo son reyes por virtud de Cristo Rey" (Clem. Al. Strom. XI, 4, 18, 3).

Saludamos sobre todo a los beneméritos miembros del Sacro Colegio que compartieron con Nosotros la emoción y las oraciones de estos días de ansiosa espera. Damos testimonio también de nuestro aprecio particular por todos los Venerables Hermanos en el Episcopado, de Orien-

te y de Occidente, que en todos los continentes actúan como enviados del Señor: "en nombre, pues, de Cristo, somos embajadores, como que os exhorta Dios por medio de nosotros" (Coimios II, 5, 20). Ya de antemano gozamos con la esperanza de abrazarlos a todos durante la segunda sesión del Concilio Euménico.

Queremos expresar también nuestra estima por la Curia Romana, cuya tarea, tan noble y llena de responsabilidades, consiste en colaborar en sus recintos inmediatos con el Vicario de Cristo. Estamos seguros de que sus meritorios trabajos serán de genuina ayuda para Nos, pues por mucho tiempo hemos tenido un conocimiento directo de su diligencia, de su "sentido de Iglesia", de su prudencia en los actos; junto con todos los obispos, apreciamos Néas estas cualidades muy especialmente durante la fase preparatoria y durante las reuniones del Segundo Concilio Vaticano.

Volvemos también nuestros pensamientos paternales a los párrocos, a los sacerdotes, a los religiosos que en silencio, sin descanso, frecuentemente sin ayuda en su soledad consagran su vida a la propagación del Reino de Dios en la tierra; no olvidamos tampoco las almas consagradas a Dios en una inmolación de oraciones o en una múltiple y activa caridad.

Al comenzar esta labor pontificia que se nos confía como sucesor de Pedro en su autoridad de obispo de Roma, no podemos dejar de abrazar afectuosamente a los amados hijos de la diócesis de Roma, que apoyaron con tan celosa lealtad la labor pastoral de nuestro predecesor. Tenemos la firme esperanza de que al responder a nuestra caridad, puedan estos romanos continuar ofreciendo los gozosos frutos de la virtud cristiana, ya que es a ellos, como al pueblo más cerca de la Silla de Pedro, a quienes se dirigen las miradas de todos los católicos del mundo entero.

Conmovidó con recuerdos llenos de ternura, enviamos un saludo lleno de particular cariño a los amados fieles de Milán, la arquidiócesis ambrosina, a quienes en estos años aprendidos a amar "en el corazón de Cristo Jesús" (Fil. 1, 8), y de quienes tantos consuelos recibimos, como si fuesen verdaderos y amantes hijos.

De la misma manera van nuestros pensamientos a la amada diócesis de nuestro nacimiento (Brescia), con el anhelo de que siempre se conserve fiel al Evangelio de Nuestro Señor, fuente de honor, gracia y nobleza incluso en el aspecto de las relaciones sociales de la vida humana.

Anhelamos particularmente que nuestros hermanos e hijos que viven en aquellos lugares del mundo donde se impide a la Iglesia el ejercicio de sus derechos, sientan que estamos muy unidos a ellos; su vocación ha sido compartir más íntimamente la Cruz de Cristo que quisieron seguir, y tras la cual vendrá, estamos seguros, el radiante amanecer de la Resurrección. Entonces podrán volver plenamente a la práctica de su ministerio pastoral, un ministerio que por su institución beneficia no sólo al alma del individuo, sino a las naciones.

Nos complace alentar y bendecir de todo corazón a los amadísimos misioneros, luz de nuestros ojos, que en todos los continentes, en las avanzadas de la Iglesia, difunden el Evangelio de Jesús. Que puedan siempre "gloriar-se en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo" (Gal. 6, 14) soportando con amor todas las eventualidades, seguros de que nunca les faltará la ayuda de Dios a los que viven y trabajan sólo por Él.

Nos dirigimos con muy especial gratitud a los miembros de la Acción Católica, que ayudan en el apostolado a la Jerarquía de la Iglesia, y a cuantos laboran en las diversas organizaciones nacionales e internacionales.

Estrechamos con paternal amor a todos los que sufren: los enfermos, los necesitados, los presos, los exilados, los refugiados.

Y finalmente saludamos a nuestros hijos en Cristo, entre los cuales deseamos mencionar especialmente a los jóvenes, generosos e intrépidos, en los que descansa la esperanza de un futuro mejor, los niños inocentes, almas puras y sencillas; los humildes y los grandes de la tierra; los artesanos, los trabajadores y aquellos cuya fatiga, cuando dura y gravosa, conocemos y apreciamos y los escritores; los políticos y cabezas de estado. Suplicamos que todos y cada uno en su propia esfera de responsabilidad, contribuyan a edificar un orden cada vez más justo en sus principios, más eficaz en la aplicación de sus leyes, más sano en su moral pública y privada, más pronto en la defensa de la paz.

Páse sobre el mundo una gran llama de fe y amor que encienda a todos los hombres de buena voluntad, que ilumine los caminos de la mutua colaboración, y traiga a la humanidad, de nuevo y por siempre, abundancia de aprobación divina y del poder de Dios, sin cuya ayuda nada es santo ni merece la pena.

En el momento de comenzar nuestro arduo ministerio Nos soportan las confortadoras palabras con que Cristo prometió a Pedro y a sus sucesores que estaría con su Iglesia "hasta la consumación de los siglos" (Mateo 28, 20).

Nos sostiene la protección maternal de la Santísima Virgen Madrid, Madre de Dios y Madre nuestra, a la que desde el comienzo confiamos nuestro pontificado, y nos sustentan también la ayuda y las oraciones de los Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los santos.

En prenda de esa celestial asistencia y para el aliente gozoso de las buenas energías a través del mundo, Nos complace impartir nuestra Bendición Apostólica, como primer fruto de nuestra paternal benevolencia, a vosotros Venerables Hermanos y amados hijos, y a toda la familia humana.

¡Adelante en paz, en nombre del Señor!